

**MARUXA
VILALTA**

"LLORAR POR EL VIGILANTE"

A Gonzalito

Evadirte. La libertad es un chorro de luz, al final del pasillo. Desde tu pequeña mesa, en el salón de clases, has visto durante todo el año el chorro de luz brillante esperándote.

En el salón, las ventanas son muy grandes. Sólo que con todo ese sol que entra siempre está oscuro... Únicamente allí, al final del pasillo, la luz de la evasión, de la huida, de la escapada a la vida, al terminar una mañana, al terminar una tarde, cuando podrás leer un libro por iniciativa propia, respirando al compás del propio corazón y no al ritmo impuesto por otros.

Indecorosamente colgada del brazo de la más pequeña, la manecilla grande del reloj se deja ir, marcando la media hora. Y comprendes que el momento ha llegado: el final del pasillo está cerca, la libertad muy próxima, el arribo a la luz es inmediato y tú caminas por el aeropuerto: te vas de viaje.

Ya eres, Marcos, un hombre: tienes doce años. Cada día estuviste tachando un día del calendario. Y ahora, por las escaleras eléctricas, bajo los altavoces, entre rostros presurosos de desconocidos, sólo falta un último pasillo: al final —te han dicho—, dar la vuelta. Y será la pista de aterrizaje.

Hubieras podido elegir Alejandría, o los misterios del Cairo. Pero te vas a París, porque ahí vas a pasarla muy bien con los cuates.

Con tu maletita, Marcos, te marchas. Traes en un frasco una gran araña que pescaste por una apuesta en el patio de la escuela. Pero a última hora, en el aeropuerto mismo, decides soltarla: se le ha puesto mala cara. De manera que te detienes un momento para abrir el frasco y la dejas escapar y cuando la ves huir, tan apurada, pegada a la pared —donde cuidaste que quedara, lejos de los pies de la gente—, te parece injusto que los pies sean tan grandes en comparación con la araña que ahora se ve, entre la multitud, pequeña y asustada y que en unos instantes, a la vuelta de un mostrador de "mexican curious", desaparece, quizás hacia París ella también, o solamente hacia antiguas civilizaciones toltecas.

Y ahí estás: la libertad, a la vuelta de la esquina. Como quien, en una tarde de calor, se zambulle lentamente en la piscina de agua tibia, reteniendo un poco la respiración y procurando saborear el elemento líquido con cada poro del cuerpo, entrecierras, Marcos, los ojos para entrar al área brillante: das vuelta en la última esquina, en el último pasillo del aeropuerto. Pero no estás frente a la pista de aterrizaje sino en el pasillo de la escuela.

No puede ser. Retrocedes, corriendo, por el aeropuerto: los altavoces y las escaleras y los rostros presurosos y otra vez el último pasillo y a la vuelta, en pleno chorro de luz, ahí tiene que estar la pista. Te fijas muy bien en lo que haces y por dónde

caminas: das la vuelta al pasillo del aeropuerto. Y vuelves a estar en el pasillo de la escuela.

Esta vez no puedes regresar sobre tus pasos: han cerrado la reja. La escuela es muy moderna y limpia y aireada. La reja es muy moderna y está pintada de blanco. Se abre y se cierra sin necesidad de portero: con un botón y un zumbidito. No se puede dialogar con un zumbidito. Si por lo menos hubiera un portero, alguien con quien discutir, alguien que te dijera que no puedes salir, que está prohibido... Pero no hay nadie. Y ahora ya nada se oye porque cuando la reja termina de cerrarse ya ni zumba.

Haciéndote preguntas sobre las incomprensibles traiciones de la vida, vas por el pasillo de la escuela. Es el primer pasillo: lo conoces bien. Cuando se está en él ya no queda sino seguir avanzando. Inevitablemente el primer pasillo conduce al segundo, y éste al tercero, que es el más estrecho, que es en el que están todos los que son importantes. Rostros bondadosos sonríen alineados de cada lado del tercer pasillo: los maestros son todos muy bondadosos y la escuela es muy moderna y tiene ventanas muy grandes.

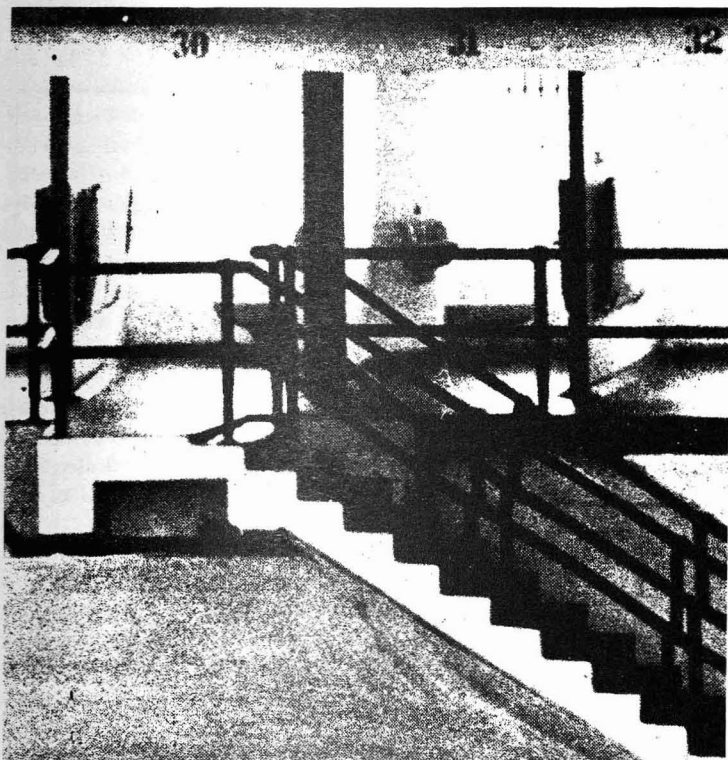
El tercer pasillo termina en la escalera que conduce directamente a las salas de clases. Pero antes hay que pasar frente a la casita del vigilante. Una casita de madera, con aire acondicionado. El vigilante está siempre ahí dentro. Su ojo espía tras la ventana.

El vigilante también sonríe. Pero no bondadoso, como los profesores, sino con una especie de sonrisa-cremallera que le atraviesa de lado a lado la cara. Una cremallera de acero por la que a veces permite que se filtren, siempre hirientes, las palabras. El vigilante asegura que está cumpliendo con su trabajo. Y así, mientras cumple, de la tajada de acero que le rompe la cara escapan, quedo, perdidas entre la mueca que trata de pasar por sonrisa, las órdenes, recomendaciones, comentarios:

—Llega usted tarde. Llega usted temprano. Se ha cortado el cabello. No se lo ha cortado. Esos zapatos no van con el uniforme. No entra usted a clases. Entre de prisa. No puede salir. Eso está prohibido. Eso está permitido. Para eso, se requiere un permiso especial. No puede. Sí puede. ¿De acuerdo, joven? No vuelva a olvidarlo.

Es decir que el vigilante maneja todas las pequeñas cuestiones de la vida diaria. Su salario es el de fregar a los alumnos un poco cada mañana. Los maestros no se enteran, no oyen al vigilante, no ven la sonrisa por entre la que se escapa quedo, disparadas, silbadas, como flechas silenciosas, las palabras. A veces algún alumno protesta, se queja del vigilante. El maestro escucha entonces. Y ayuda al alumno a resolver una ecuación de segundo grado. Todos los maestros ayudan siempre, son muy bondadosos, pero ninguno ve la burla hecha cremallera que quiere parecer sonrisa en eso que pretende ser una cara.

Al vigilante, se le tiene miedo. Por eso no sales ahora de tu



asombro, Marcos: al llegar al tercer pasillo te encuentras con que el tipo está fuera de su fresca casita, está en pleno sol, en el patio, y un grupo de alumnos lo rodea y le está pegando.

Son ocho o diez de los muchachos más grandes. El vigilante ha perdido la gentil sonrisa y el inaudible, de tan controlado, medio tono del habla. Está demudado y grita palabrotas irrepitibles mientras los golpes le llueven. Uno le da en el ojo izquierdo, el que espía por la ventana. Otro en pleno estómago. El vigilante cae al suelo y los alumnos con extrañas miradas brillantes —miradas que nunca les habías visto antes— siguen golpeando. Del ojo herido empieza a brotar un líquido espeso y verde. . . El vigilante gime y pide perdón. Los alumnos no lo oyen. Uno le pregunta si puede salir antes de la última clase y mientras se lo pregunta lo muele a patadas. Los profesores tampoco oyen nada. Uno pasa por ahí y le da al vigilante los buenos días y aprovecha para inquirir si durante la primera hora hubo algún alumno ausente y se marcha sin esperar respuesta, sin enterarse de la paliza que al otro le están dando. Ahora al vigilante le han arrancado la chaqueta. A través de la camisa una sangre muy verde y espesa, como el pus verde que brota del ojo izquierdo, chorrea.

Hace tiempo, Marcos, que estás gritando: les gritas que dejen de

golpearlo pero nadie te oye, ni alumnos ni profesores, ni siquiera el vigilante, un malagradecido que te ve, sin embargo: a través del ojo roto te está mirando y entre patada y patada te está pidiendo cuentas por haber ido al aeropuerto y haber llegado tarde a clases.

Los brazos del vigilante se han vuelto rasposos, con escamas, y también abultados. La sangre verde lo cubre por entero. Los alumnos le están pegando a un sapo.

— ¡Basta! —les gritas. Y corres a salvarlo. Y con tanto amor, Marcos, lo miras que los alumnos desaparecen de pronto y tú te encuentras solo, cargando en tus brazos al vigilante que por fortuna está desmayado —de lo contrario te morirías de miedo— y al que ya no le queda de sapo sino el horrible ojo reventado. . . Procuras no enterarte pero sabes que está ahí, ese ojo que de su órbita desborda y del que mana el espeso líquido verde que va dejando una estela por todo el pasillo de la escuela. El pasillo tercero, y también el segundo, y el primero, porque al vigilante te lo llevas a la enfermería. Sientes una gran compasión por él, aunque es el mismo vigilante de siempre y aun desmayado y con el ojo roto la cremallera irónica no deja de sonreír de lado a lado de la cara. Aunque es el mismo de siempre, sientes pena por el vigilante. Cargándolo, llegas y empujas con el pie la puerta.

En la enfermería todos los alumnos que se han declarado enfermos celebran un gran banquete. Ríen y hacen bromas y cuando tú entras, como todos te quieren y eres muy popular te invitan a unirse a ellos. Queriendo estar a la altura, pero con cierta emoción en la voz que no acabas de disimular, anuncias:

— Traigo al vigilante: está desmayado.

Los amigos no le dan importancia al asunto:

Muy bien —te dicen, como si hubieras traído un paquete—, déjalo ahí, sobre aquella mesa.

Y muestran una pequeña mesa, al fondo de la enfermería, una mesa como de cocina, una vieja mesa de madera.

Un último esfuerzo y consigues llegar hasta el fondo del cuarto y dejar sobre la mesa al vigilante. Pero no es el vigilante: es un muñeco. Lo tienes enfrente y no puedes creerlo. Un muñeco de pasta dura, de rostro liso y brillante, sin cremallera en la cara y con los ojos fijos en el techo.

Mientras lo miras sientes una angustia muy grande. Un muñeco es algo inmóvil, algo muerto. . . Ya eres, Marcos, un hombre y desde niño no llorabas. Pero una lágrima cae sobre el muñeco, resbala ridícula por la superficie lisa de la ridícula mejilla de pasta y se pierde en la madera porosa de la mesa.

En la enfermería los cuates ríen y celebran su banquete. Como viniendo el eco de muy lejos, oyes multiplicarse las voces que te llaman invitándote a unirse a la fiesta. . . Un muñeco es algo inmóvil, algo muerto. . . ¡De manera que el pasillo del aeropuerto conducía al pasillo de la escuela! Marcos: eso sigues sin comprenderlo.